

y puesta en la sala misma del Sófocles. En la siguiente llaman la atención, en primer término, la hermosa y rara estatua de Neptuno, descubierta en Porto, y un bajo-relieve de muy delicada labor, que figura un Poeta con máscaras y una Musa, resto, sin duda, de alguno de los más espléndidos edificios romanos del tiempo del imperio: numerosos é importantes fragmentos de arquitectura y escultura, desenterrados pocos años hace en la via Labicana, camino de la antigua *Centumcell* (*Civittavecchia*), llenan las estancias inmediatas. Una estatua notable de Diana de Epheso, y varios sarcófagos con bajo-relieves, que contienen asuntos de las leyendas griegas, como la historia de Oréstes y la muerte de las Nióbides, la estatua de un prisionero bárbaro, interesante por el doble concepto de su mérito, y porque, no estando terminada, ofrece las señales claras de los puntos de proporción, fijados de antemano por el artista, como han hecho siempre y hacen todavía los escultores; y otros objetos preciosos en vidrio, barro y marfil, procedentes de afortunadas excavaciones en las cercanías de Ostia, señaladamente el mosaico de Silvano con su perro, completan la colección del museo que lleva el nombre de *Gregoriano*, porque á Gregorio XVI corresponde el pensamiento de su fundación, pero que bien pudiera también decirse *Pío*, porque al celo del Pontífice reinante se debe casi toda la riqueza que contiene, como por completo le pertenecen la creación y progresivo aumento del museo cristiano.

Desde el ingreso en la primera sala y en la escalera, que conduce á los cuerpos superiores del edificio, se ven ya restos preciosos de escultura cristiana, que alcanzan al siglo v, y aun al iv, de nuestra era; admirables sarcófagos, en cuyos bajo-relieves las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento han reemplazado á los cantos de la *Iliada* y á las invenciones de las falsas teogonías: aquí el Buen Pastor, símbolo de la ternura y de la caridad: más allá la Resurrección de Lázaro, símbolo consolador de otra vida sin término: la Multiplicación de los panes, la Percusión de Moisés en la roca, la Incolumidad de Daniel entre los leones, enseñanza sublime de la Providencia de Dios, y otros y otros asuntos tomados de la *Bi-*

blia, ofrecen fecundo campo al estudio del arqueólogo y del historiador, y demuestran con cuan deplorable ligereza ha procedido en estos últimos tiempos la crítica racionalista, que por negar ú oscurecer el influjo del cristianismo en las regiones de la estética, no ha vacilado en traer sobre sí la nota de ofuscada ó de envidiosa ó de ignorante.

En el fondo de la sala, dominando la doble rampa, que á ella da acceso, hay una estatua sentada de San Hipólito, obispo de Porto, que estuvo en las Catacumbas de San Lorenzo, fuera de muros, y cuya antigüedad le da gran valor para la historia del arte: quizá es de los monumentos más insignes que la estatuaria cristiana puede ofrecer, en una época en que la escultura todavía no vive por sí; no se ha desprendido del muro ó del altar, como anteriormente decíamos: en la silla de piedra hay grabada una inscripción griega muy interesante: un calendario ó ciclo pascual, que en el año 223 compuso el santo Obispo, para combatir la herejía de ciertos novadores, que querían fijar la Pascua cristiana en los días mismos que la Pascua judía.

La inmensa galería del Vaticano, que conduce al museo de escultura, no bastaba para contener las inscripciones sepulcrales, halladas en los antiguos cementerios de Roma: trabajos incesantes y felices descubrimientos han enriquecido de tal suerte el tesoro de esos preciosos códices de humilde piedra, que por sí sólo llena ya, en el museo cristiano de Letran, los muros del fondo de los tres órdenes de arcadas que rodean el palacio. Los sabios anticuarios P. Marchi, jesuita, y caballero de Rossi, infatigables continuadores de los trabajos é investigaciones de Fabretti, de Marangoni, de Agiucourt, de Bottari, de Boldetti, de Aringhi, y sobre todo, de Bosio, el más inteligente explorador de la *Roma subterránea*, han prestado en este siglo un gran servicio á la historia y á la erudición, iluminando interesantes regiones de la antigüedad cristiana, y combatiendo, con gloria propia y honor de la justicia y de la rigurosa verdad histórica, errores, que se complacían en difundir los enemigos de la Iglesia, cuya gloria, si es visible en todos los siglos, resalta con brillo muy especial en aquellos pri-

meros siglos de tribulacion, de martirios y de Catacumbas. La magnífica coleccion de inscripciones, que forma principal ornamento del museo cristiano de Letran, está clasificada en este orden: Elegías y noticias relativas á diferentes mártires en tiempo de San Dámaso I (segunda mitad del siglo IV): inscripciones con fecha cierta, que comprenden desde el año 238 á 557: inscripciones importantes para el dogma: Papas, presbíteros y diáconos: otros personajes distinguidos: á la memoria de parientes, amigos, etc. Símbolos y emblemas: epitafios sueltos, sacados de diferentes cementerios. Como complemento de estas memorias interesantes de las remotas edades del cristianismo, pueden verse y deben estudiarse en las cámaras contiguas las copias exactas y auténticas de las pinturas más notables, halladas junto á los sepulcros de los cristianos en las Catacumbas, de San Calixto, Santos Nereo y Achileo, San Sebastian y algunas otras: allí se conservan tambien los frescos, que adornaron la antigua iglesia de Santa Ines, sobre la via Nomentana, los cuales sirven para comprobar las aseveraciones de la crítica imparcial y discreta respecto á la índole y caracteres de la pintura cristiana, ántes de la invasion en Italia del neopaganismo artístico, á que nos hemos referido en páginas precedentes. Si en la escultura escasean, durante los primeros siglos, los resultados del arte como estrecha para la representacion del mundo moral cristiano, en cambio la pintura mural llena las capillas de las Catacumbas y las tribunas de las Basílicas, abarcando en más ó ménos correctos cuadros la vida entera y las enseñanzas sublimes de la nueva religion en sus verdaderos atributos.

En las cámaras principales, que ahora forman una galería de pinturas, hay algunos mosaicos antiguos de mérito singular: es uno el de los pugiladores, sacado, como ya hemos dicho, de las termas de Caracalla, y que forma por sí solo el pavimento de una sala de más que medianas proporciones: representa várias escenas de pugilato; las figuras son notables por el dibujo y la expresion; la delicadeza y primores del trabajo distan mucho de la perfeccion, que se admira en otros fragmentos de mosaico, que el mismo museo ostenta en su pri-

mera sala: á ellos nos hemos referido ya al describir aquel otro precioso mosaico de las palomas sobre el borde de la taza, que se guarda en el Capitolio. Aquél y éste tuvieron, sin duda, por original respectivo dos obras insignes del mosaicista griego Sosos, cuya habilidad encarecieron Plinio y Stacio y otros escritores. La copa adornada de palomas, que Homero describe en la *Iliada*, inspiró, acaso, al artista de Pérgamo el hermoso mosaico tan celebrado por el insigne autor de la *Historia natural*, cuando dice: *Mirabilis ibi (Pergamis) columba bibens et aquam umbra capitis infuscans. Apricantur alie scabentes sese in cantari labro*; del otro mosaico del mismo Sosos, que se llamó con la poco poética denominacion de *El suelo no barrido*, el *Asarótos* célebre del arte antiguo, posee el museo de Letran una copia bellísima, hecha por otro griego, Heráclito, en la época de César, segun la opinion más recibida: es, en efecto, el suelo de un comedor inmediatamente despues del festin; hojas de ensalada, huesos de ave, espina de pescado, restos, en fin, del banquete, arrojados aquí y allí con escasa pulcritud, forman un conjunto agradable, por lo verdadero, como los interiores y los bodegones en que alguna vez se ejercitaron pintores españoles de mérito sobresaliente: tan sutil y delicada es la labor de este singular mosaico, que se han podido contar siete mil quinientos pedacitos de mármol en un palmo cuadrado, lo cual declara un esfuerzo casi inverosímil de paciencia y de habilidad. El haber sido descubierto en el terreno donde estuvieron los jardines de Servilio (entre el Palatino y la puerta Ostiense), induce á creer que el mosaico perteneció á la casa de aquella Servilia, hermana de Caton y madre de Bruto, tipo insigne de mujer romana, tan admirablemente dibujado en la tragedia de nuestro inolvidable Ventura de la Vega. ¡Quién sabe si pocos dias ó pocos momentos ántes de los terribles idus de Marzo puso sus piés sobre aquel artístico pavimento el vencedor de Farsalia, el verdadero autor de un imperio, que ha de abarcar el orbe de la tierra!

Hay en las salas principales del palacio Lateranense bastantes cuadros de las várias escenas italianas, algunos notables, ninguno de primer orden. Merecen mencion el Santo To-

mas recibiendo el cordon de manos de la Virgen, por el beato Angélico de Fiesole, una Madonna con San Juan Bautista y San Jerónimo, por Márcos Palmezzano (*Parmigiani*), un retrato atribuido á Van Dyk, un San Jerónimo pintado por Juan Santi, ó Sanz, padre del inmortal Rafael, y una gran copia al óleo, del fresco de Dominiquino (martirio de San Andres), cuyo original verémos en la inmediata iglesia de San Gregorio.

Del palacio *Patriarchio* Lateranense, presa de las llamas en el siglo XIV, sólo se habian salvado la capilla dedicada á San Lorenzo y una parte del *Triclinium* famoso, construido por el Papa San Leon III á fines del siglo VIII: los restos del *Triclinium*, lugar donde los Pontífices solian recibir á los peregrinos ilustres, y la antigua capilla, riquísima en reliquias, donde un tiempo estuvieron las cabezas de San Pedro y San Pablo, existen todavía á la extremidad de la plaza de Letran; allí está el devoto santuario, que los fieles de Roma y los de todo el orbe cristiano miran quizá con más tierna veneracion; *la Scala Santa*. Sixto V mandó edificar un pórtico de cinco entradas delante de la primitiva capilla, que en vez de la de San Lorenzo tomó la advocacion del Santísimo Salvador: correspondiendo á la puerta de enmedio, hizo extender en suave plano inclinado, bajo una hermosa bóveda, la escalera de mármol, que perteneció al palacio de Pilátos, y que Jesucristo santificó con sus plantas y con su sangre, subiendo y bajando más de una vez sus veinte y ocho escalones en los dias de la Pasion. Santa Elena trajo de Oriente esta preciosa reliquia, constante objeto de devocion universal: una cubierta de madera, que con frecuencia es preciso reponer, protege el mármol blanco de Tiro, de que está formada la escalera, por la cual sólo es lícito subir de rodillas, y en la cual á ninguna hora del dia dejan de verse personas de todas condiciones, que en tan reverente actitud verifiquen la devota ascension por la Escala Santa: en la capilla, adonde conduce, se venera una antiquísima imágen del Salvador, y bajo el altar se guardan innumerables reliquias, que han valido á aquel lugar de recogimiento y devocion el nombre de *Sancta Sanctorum*. A los lados hay dos espaciosas escaleras para bajar.

Del *Triclinium* Leoniano se conservan en una gran tribuna, construida á propósito en tiempo de Benedicto XIV, los mosaicos principales, que en su tiempo lo adornaron, y en época posterior se han añadido tres notables inscripciones, que aseguran la noticia histórica relativa á tan interesante monumento de la antigüedad cristiana: una comprende la descripcion del *Triclinio*, hecha por el bibliotecario Anastasio en la *Vida del Papa San Leon III*; otra recuerda la restauracion llevada á cabo por el Cardenal Barberini en el año 1625; la tercera conmemora y elogia el celo de Benedicto XIV, que accediendo al deseo de los eruditos, *eruditorum vivorum votis occurrens*, levantó de cimientos el ábside del cenáculo Lateranense, construido por Leon III, *Sacro cogendo Senatu aliisque solemnibus peragendo*, y lo decoró con sus genuinas pinturas, conservadas felizmente en un antiguo códice del Vaticano.

En medio de la grandiosa plaza de Letran se alza el obelisco egipcio más alto de Roma, quizá el más alto de cuantos se conocen en nacion alguna: no hay tampoco un monumento de piedra, que cuente más años de existencia, aún en la ciudad que encierra tan antiguos monumentos: en el obelisco Lateranense es todo extraordinario; su fecha, que se remonta diez y siete siglos más arriba de la era vulgar; su altura, que se aproxima á 150 piés; su peso, que excede de 440 toneladas.

Fueron los obeliscos una de las más simbólicas manifestaciones del arte egipcio. Los más sabios escritores de la antigüedad creen que en un principio fueron monumentos alzados en honor del sol, del cual parecían rayos: *radiorum ejus argumentum in effigie est et ita significatur nomine egyptio*. Ammiano Marcelino afirma que, aunque en la forma imitaban al rayo, su verdadera consagracion era á los dioses: en su superficie, labrada por mano de hábiles artistas, esculpíanse jeroglíficos, notas é iniciales, que contenian alabanzas al sol y pomposas denominaciones de los reyes. De los doce obeliscos, que en Roma se conservan, hay tres (el del Vaticano, el del Quirinal y el del Esquilino), que carecen de jeroglíficos: de los otros nueve, cuatro pertenecen á las edades remotas de la gente y de la civilizacion egipcias; los otros cinco, aunque cubier-

tos de jeroglíficos, corresponden ya, puede decirse, á los tiempos de la lengua muerta y de la nacion sojuzgada: son de la época de la dominacion romana en Egipto, despues de la conquista de Augusto. Los cuatro, auténtica y genuinamente egipcios, de los tiempos clásicos de aquella civilizacion, son el Lateranense, que se refiere á la época de Thoutmes IV, el Moeris de Herodoto, el de la plaza del *Popolo*, del tiempo de Sesostris (Ramses III), el de Monte Citorio, que corresponde á Psamético I, y el de la Minerva, que es el más moderno, cuyo origen alcanza, sin embargo, al rey Hophre (el Apries de los griegos), cerca de seiscientos años ántes de la era vulgar, es decir, á los dias de Tarquino el Viejo y de Servio Tulio: el más moderno de los obeliscos egipcios coincide, pues, con los más antiguos de los monumentos romanos. La primera, bajo todos conceptos, de aquellas enormes *agujas* de piedra, que se levanta en la ciudad del Tíber, domina los valles y las colinas, y guarda, como inmóvil centinela de treinta y cinco siglos, la Basílica, que es madre y cabeza de todas las del orbe.

Habia sido el obelisco Lateranense magnífico ornamento del templo de Tébas, de donde, por disposicion de Constantino, fué arrancado y conducido por el Nilo á Alejandría: un buque de especial hechura, remado por trescientos hombres, lo trajo por el Tíber hasta la via Ostiense, á tres millas de distancia del circo Máximo, donde quedó erigido sobre un ancho pedestal de granito. Desenterrado y restaurado á fines del siglo xvi por orden de Sixto V, fué traído á la plaza Lateranense y puesto en el lugar que hoy ocupa, despues de una prolija maniobra, en que hubieron de emplearse máquinas y recursos, que acreditan la pericia del arquitecto Domingo Fontana, el mismo que dirigió la elevacion del obelisco Vaticano, bajo la poderosa iniciativa del mismo Sumo Pontífice.

IV.

A los antiguos monumentos de la region celimontana han sucedido otros, ricos por demas en tradiciones y interes religioso, artístico y arqueológico.

Procurarémos recorrerlos con la mayor rapidez posible.

En aquella parte del Celio, que se llamó *Civus Scauri*, en la direccion del acueducto Neroniano, estuvo la casa de la noble familia Anicia, de que fué descendiente San Gregorio Magno, que convirtió en casa de oracion y penitencia el solar de sus antepasados. En el siglo viii, la iglesia aneja al monasterio lleva ya la advocacion de San Gregorio: el Papa segundo de este nombre, honró así la santa memoria del primero. En los tiempos modernos, á contar desde el siglo xvii, el templo ha sido objeto de grandes reparaciones: el monasterio está ocupado por una comunidad de camaldulenses. Un nombre ilustre en los anales de la ciencia y de la santidad va unido á esta veneranda casa religiosa: es el nombre de San Agustin, apóstol de Inglaterra. Del monte Celio partieron, pues, los civilizadores de la Gran Bretaña, los que le proporcionaron el hermoso dictado de *Isla de los santos*. De allí San Lorenzo y San Pedro, Arzobispo el uno y Abad el otro de Cantorbery; de allí San Meliton (*Melite*), Obispo de Lóndres y primado luégo de Inglaterra; de allí otros insignes bienhechores de la civilizacion, que no por el aplauso mundano, sino por el estímulo de la caridad, llevan á todas partes la doctrina y la luz á costa de penalidades, de sacrificios y áun de la vida.

Un Papa Gregorio abre la serie de los grandes hombres, que aquella casa ha producido; otro Papa Gregorio la cierra en nuestros dias: todavía se ve en el monasterio de los camaldulenses la humilde celda donde habitaba un sabio religioso, que la mano invisible de Dios llevó al trono de San Pedro con el nombre de Gregorio XVI. Así se enlazan trece siglos con el

anillo misterioso de la unidad del dogma y la unidad de la oracion.

Contiguas á la iglesia de San Gregorio, pasando una terraza, que da frente á las ruinas del palacio de los Césares, hay tres capillas antiguas, restauradas en el siglo XVI por el Cardenal Baronio, el sabio autor de los *Anales Eclesiásticos*, Abad commendatario de San Gregorio. La primera fué consagrada á Santa Silvia, madre del gran Pontífice, en la cual son notables una estatua de la Santa, debida á Nicolas Cordieri, discípulo de Buonarroti, y un coro de ángeles en derredor del Padre Eterno, pintado al fresco por Guido Reni en tiempo ya del Cardenal Scipion Borghesse. La segunda está dedicada á San Andres apóstol, y tiene en el muro, sobre el altar, un buen cuadro al óleo por Roncalli (*Pomarancio*), que representa la Virgen María con San Andres y San Gregorio: en las paredes laterales hay otras dos pinturas célebres, así por su mérito real, como porque recuerdan una especie de competencia artística, que ha tardado mucho tiempo en decidirse. El Dominiquino trazó en el muro de la derecha el martirio de San Andres, de que hay una gran copia al óleo en el Museo cristiano de Letran. Guido Reni pintó en el muro de la izquierda el mismo San Andres marchando al suplicio de la cruz. Casi todos los maestros del arte otorgan al primero la palma de la victoria; pero nadie puede negar al segundo una expresion suave y piadosa, que agrada y conmueve mucho más que los primores de la composicion y las bellezas del dibujo. Annibal Carraci, maestro de los dos contendientes, formuló su veredicto artístico en estos términos: «Guido ha pintado con la seguridad de un profesor, el otro con descuidos y defectillos de escolar; me agradan más, sin embargo, los defectos del escolar que la bravura del maestro.»

En la tercera capilla, de Santa Bárbara, hay una estatua sentada de San Gregorio, que comenzó Miguel Ángel y terminó su ya citado discípulo Cordieri. En medio se muestra una gran tabla de mármol, á la cual se refieren tiernísimos y santos recuerdos de la vida de Gregorio Magno: era la mesa donde el humilde Pontífice daba diariamente de comer y servía á

doce pobres: una piadosa tradicion embellece la historia de aquellas comidas y de esta mesa; un ángel bajó en cierta ocasion á presidirla; desde entónces los socorridos fueron trece.

*Bis senos hic Gregorius pascebat egenos
Angelus et decimus tertius occubuit.*

V.

Sobre una parte de los restos del antiguo edificio, que sirvió en el monte Celio para alojamiento de los albanos, no léjos de donde estuvo el templo de Claudio, se levanta la iglesia de los Santos Juan y Pablo, dos ilustres hermanos, que allí sufrieron el martirio en tiempo de Juliano el Apóstata. Remóntase, pues, al cuarto siglo este santuario, que hoy pertenece á los padres pasionistas: veinticuatro columnas de granito negro, de orden compuesto, dividen las tres naves de que consta: el pavimento es de cierta especie de mosaico, compuesto de piedras escogidas, como el pórfido y la serpentina, y trabajado con exquisito gusto y habilidad: una gran urna de pórfido, debajo del altar mayor, guarda los restos de los santos mártires. El convento contiguo está ocupado, como ya hemos dicho, por los padres de la Pasion, humildes sacerdotes regulares, que llevan al pecho, como noble y santa insignia, la corona de espinas, y que á los demas ejercicios de su ministerio unen el de la predicacion en los países extranjeros: el ilustre fundador, San Pablo de la Cruz, previó y predijo los frutos, que lograrían en Inglaterra sus hijos: en Inglaterra es, en efecto, donde se ha establecido la primera casa de pasionistas: tan cierto es que hay una misteriosa y como providencial relacion entre la historia del monte Celio y los destinos de la verdadera civilizacion inglesa.

El jardin del convento de los pasionistas es una de las más bellas é interesantes alturas de Roma: domina la via Triunfal, el Anfiteatro, el Palatino, y guarda en sus entrañas ruinas